

EDITORIAL

El Perú y el mundo atraviesan una etapa marcada por una ofensiva política y militar neofascista sin precedentes. En este contexto, los Estados Unidos siguen interviniendo en los asuntos de otros países, desde Medio Oriente, pasando por Europa del Este hasta Asia-Pacífico y América Latina, no solo mediante ataques militares, sino también agrupando a las fuerzas reaccionarias del mundo e imponiendo sus agendas económicas y diplomáticas. Esta dinámica responde al hegemónico lema de “America first” levantado por Trump y está provocando reacciones ya.

Entre estas destaca la consolidación de bloques como los BRICS, que buscan construir alternativas al bloque dominante del imperialismo yanqui y fortalecer la autonomía de las economías emergentes. Paralelamente, en Barcelona se ha celebrado la IV Reunión en Defensa de la Democracia, un espacio de articulación de países progresistas para frenar el avance de tendencias autoritarias. A ello se suman iniciativas más recientes como la conferencia “Sovintern” en Moscú, que busca unificar a partidos y fuerzas progresistas para relanzar su cooperación política internacional.

Estas transformaciones globales tienen un correlato directo en América Latina, particularmente en el Perú. En nuestro país, el fujimorismo, Renovación Popular y otras fuerzas de derecha han logrado importantes niveles de protagonismo político y mediático, consolidando alianzas en torno a la defensa del modelo económico y político dictado por las familias dueñas del Perú y por los consorcios extranjeros. Frente a ello, la izquierda progresista -aquí mencionamos a Juntos por el Perú y Venceremos- tiene la obligación histórica de abandonar caudillismos, ambiciones y egos inflados y unirse estratégicamente apoyándose en el movimiento social a quien debe servir.

Dicha unidad no puede limitarse a acuerdos entre dirigencias, sino que debe sustentarse en la movilización popular para construir legitimidad desde las bases y debe responder ante ellas de sus actos en la actividad parlamentaria.

En última instancia, lo que está en juego no es solo la disputa por el gobierno, sino la definición de un nuevo rumbo democrático y el futuro de la sociedad. Para ello no basta con proclamarse de izquierda, sino que hay que serlo verdaderamente.